

§. XXIII.

De la Teología.

Es verdad que hay una ciencia, del modo con que distinguen hoy día, que es infinitamente superior á todas las otras, cuando por miras bajas ó perversas, y por intereses temporales, no formamos de ella un oficio ó faccion. Quiero hablar de la teología, que, en cuanto ella encierra el conocimiento de Dios y de sus criaturas, nuestros deberes para con él y semejantes nuestros, y nos instruye sobre nuestro estado presente y venidero, vale por sí sola todas las demas ciencias, si es dirigida hácia la gloria de Dios y la felicidad del género humano. Esta es la noble ocupacion que debe hacer las delicias de todos los hombres, y no hay criatura ninguna dotada de razon que no sea capaz de ella. Las obras de la naturaleza y las de la revelacion la exponen á nuestra vista en caracteres tan grandes y legibles, que á no estar totalmente ciegos, podemos

Jeer en ellos, y ver cuales son los primeros principios y partes mas necesarias suyas. De esto podemos pasar despues, á proporcion del tiempo y aplicacion que tenemos, á las partes mas abstractas, y penetrar en aquellos infinitos arcanos, que ocultan tesoros de sabiduría y conocimiento. Si se estudiara, ó fuera lícito estudiar en todas partes esta ciencia, con el candor, amor de la verdad, y caridad que ella enseña, y que no la destinaran, contra su naturaleza, á ser materia de contiendas, de facciones, de odio y tiranía, daria ella una extension real al espíritu. No insisteré en ello aquí; pero me bastará decir que abusaria sin duda yo de mi entendimiento, si pretendiera que él fuera la norma y medida del de los otros; no es propio para este uso, y aun es incapaz de él.

§. XXIV.

De la Parcialidad.

Aunque la parcialidad no llegue siempre

hasta infundir el menosprecio de todos los otros estudios, acaece con frecuencia que estamos muy imbuidos á favor de un cierto estudio particular, y que nos valemos de él muy intempestivamente para explicar otras ciencias, con las que puede decirse que no tiene la menor conexión. Por ejemplo, hay matemáticos tan impresionados en favor de su método, que introducen líneas y figuras en el estudio de la teología, ó en las investigaciones de política, como si no fuera posible explanar cosa ninguna sin su socorro. Hay otros, que, habituados á las mas profundas especulaciones, tratan la física como metafísicos, y la explican con las generalidades abstractas de la lógica. ¿A cuantos no vemos que escriben en términos de química sobre la moral? Pero el que quiere dirigir bien su espíritu, debe huir con cuidado de todas estas extravagantes mezclas, y no trasladar, por un ridículo encaprichamiento, lo que hay de bueno y útil en una ciencia, á otra, en que esto no sirve mas que para confundir el entendimiento. Si es cierto que

los negocios no quieren ser mal dirigidos(1), no lo es menos que *tampoco quieren ser mal entendidos*(2). Es menester considerar las cosas tales como son en sí mismas; y nos mostrarán entónces de que modo debemos entenderlas. Para formar una cabal idea de ellas, es necesario conducir el espíritu hácia su naturaleza inflexible é inalterables relaciones, y no esforzarse á conducir las cosas hácia nuestras preocupaciones.

Hay otra parcialidad muy comun entre los literatos, y que no es menos peligrosa ni ridícula que la anterior, quiero decir la manía que los unos tienen de atribuir un saber universal á los antiguos, y los otros á los modernos. Horacio, en una sátira suya, se mofa, con mucho talento, de este encaprichamiento á favor de la antigüedad en materia de poesía. Podemos hallar una locura de la misma especie con respecto á todas las demas ciencias. Los unos no quieren

(1) Res nolunt male administrari.

(2) Res nolunt male intelligi.

admitir una opinion, si no está autorizada por los antiguos, los cuales todos eran gigantes en literatura. No debe ponerse cosa ninguna, segun ellos, en el tesoro de la ciencia ó verdad, si no está hecha por los modelos de la Grecia ó Roma; y, despues de aquellos hermosos dias, apénas quieren que los hombres hayan sido capaces de ver, pensar ó escribir. Los otros, no menos extravagantes, desprecian quanto nos dejaron los antiguos; y enamorados de nuestros descubrimientos y modernas invenciones, no hacen aprecio ninguno de lo que les ha precedido; como si quanto se llama antiguo, debiera estar sujeto á las injurias del tiempo, y que la verdad estuviera tambien expuesta á enmohecerse y corromperse. Creo que los hombres fuéron siempre los mismos con escasa diferencia en órden á los talentos naturales. La educacion y moda pusieron una grande diferencia entre las diferentes edades de muchos paises, y fuéron causa de que una generacion sobrepujara con mucho á otra en las artes y ciencias: pero es

una misma siempre la verdad; no la altera el tiempo; y podemos decir que ella no vale mas, por ser de una tradicion antigua ó moderna. Hubo hombres muy eminentes, en las primeras edades del mundo, por lo que ellos descubriéron de este y dejaron escrito; pero aunque esto es digno de nuestro estudio, no agotaron todos sus tesoros; dejaron otros muchos, para ejercitar la industria y sagacidad de las siguientes edades, y harémos nosotros sucesivamente lo mismo. Lo que se recibe hoy dia con respeto á causa de su antigüedad, pareció nuevo en otros tiempos; pero no valia menos por esto; y lo que abrazamos actualmente por su novedad, parecerá bien antiguo entre las generaciones futuras, pero no por ello será menos verdadero ni natural. No hay motivo ninguno para oponer en esto los antiguos y modernos, ni para manifestar desprecio á unos ú otros. Quanto hombre se conduce sabiamente en la indagacion del conocimiento, debe juntar cuantas luces y auxilios le son posibles, de cualquiera parte que le

vengan ; sin venerar el error , ni abandonar la verdad , aunque los halle juntamente mezclados.

Se ve otra parcialidad , que inclina á los unos hácia las doctrinas dominantes , y desapega de ellas á los otros. Los primeros creen que no es posible que se engañen tantos hombres , y que los ojos de tan infinitas gentes no vean con suma claridad ; y aun no se atreven á tender la vista mas allá de las opiniones abrazadas en el pais y siglo en que viven , ni á lisonjearse de ser mas sabios que sus vecinos ; de lo que concluyen que la opinion comun es la única verdadera. Satisfechos de seguir la multitud , se imaginan caminar rectamente ; á lo menos caminan á sus anchuras , y es con corta diferencia lo mismo para ellos , no desean nada mas. Pero aunque el proverbio comun que dice : *Voz del pueblo , voz de Dios* (1) , se mira como una máxima , no sé que Dios haya dado jamas sus oráculos por medio del vulgo,

(1) *Vox populi , vox Dei.*

ni que la naturaleza haya comunicado sus secretos por el órgano de la multitud. Por otra parte , hay personas que desechan todas las opiniones vulgares , como si ellas fueran falsas ó ridículas. Luego que la bestia de muchas cabezas abraza un partido , les basta esta razon para concluir que no se halla la verdad en él. Se discurren que las opiniones del vulgo estan acomodadas á sus alcances y fines de los que gobiernan , y que si se quiere descubrir la verdad , es preciso apartarse del camino trillado , en que no halla uno , por la cuenta de semejantes personas , mas que espíritus rateros y serviles , que siguen como ciegos las huellas de sus guías. Así es como estos raros ingenios no tienen inclinacion mas que á las nociones extraordinarias ; quanto se reconoce comunmente , tiene para ellos la señal de la bestia , y creen que es cosa indigna de su penetracion el darle oídos , ó admitirlo ; todos sus pensamientos no se versan mas que sobre paradojas ; las buscan , las abrazan y propagan , esperando distinguirse con ello del po-

populacho. Pero que una cosa sea comun ó no, no es una señal de su verdad ó falsedad, y esto por consiguiente no debe influir en nuestras investigaciones. No debemos juzgar de las cosas por las opiniones, sino de estas últimas por las primeras. Es verdad que el vulgo no raeiocina muy bien, y que así debemos tenerle por sospechoso, y no seguirle como un norte infalible; pero los filósofos que abandonaron las opiniones del vulgo, cayéron ellos mismos en errores tan extraordinarios como los del populacho. ¿No seria una insigne locura no querer respirar el aire, ni beber el agua, á causa de que el comun del pueblo hace de ello el mismo uso que nosotros? ¿Seria causa razonable el privarse de ciertas comodidades de la vida, á causa de que ellas no se estilan en el pais en que estamos, y que no las conocen todos los aldeanos?

La verdad, sea ó no ella de moda, es la medida de nuestros conocimientos, y el objeto del entendimiento. Quanto se aparta de ella, por mas aprobado que esté sea

otra parte, y por mas raro que parezca, no es mas que una enteramente pura ignorancia, ó aun algo peor.

Hay otra especie de parcialidad, que es causa de que nos engañemos á nosotros mismos, y que no saquemos mas que poquísimo provecho de nuestras lecturas; quiero hablar de la costumbre que se tiene de abrazar las opiniones de los autores que se leen, desde que ellas favorecen las nuestras, y de apoyarse sobre su autoridad como sobre un fundamento sólido.

No hay casi nada que haya hecho mas mal á los literatos, que el dar nombre de estudio á la lectura, y pretender que un hombre que ha leído mucho, es lo mismo que un hombre docto, ó que á lo menos es un honroso título.

Quanto puede escribirse, se reduce á hechos ó á raeiocinios. Los hechos son de tres especies:

1°. O miran á los agentes naturales y operaciones suyas de unos sobre otros, sea que les dejemos obrar en el curso ordina-

rio de la naturaleza, ó que la industria humana los aplique de intento unos á otros de un modo particular;

2º. O bien miran á los agentes voluntarios, especialmente á las acciones de los hombres que viven en sociedad, lo cual forma la historia de la vida civil y moral;

3º O miran á las opiniones,

En cuyas tres cosas consiste, si no me equivoco, lo que se llama la ciencia comunemente. Quizas otros les añadirían la crítica; pero no es en resumidas cuentas mas que una materia de hecho, y que se termina en esto, que un cierto hombre, ó muchos de ellos emplearon esta ó aquella frase en este otro sentido, es decir, que aplicaron ciertas ideas á ciertos sonidos.

Comprendo bajo los racionios cuantos descubrimientos puede hacer la razon humana, hallémoslos ya por intuicion, ya por demostracion, ó por deducciones probables. Si la ciencia no consiste en esto solo (porque podemos conocer tambien la verdad ó probabilidad de las proposiciones

particulares), es siempre cierto que esto mismo debe ser el fin de los que tratan de cultivar su entendimiento, y hacerse hábiles con la lectura.

Se cree comunmente que los libros son de sumo auxilio para el espíritu, y que le facilitan los medios de llegar á la ciencia; pero es de temer que ellos impidan á muchos hombres el llegar á la que es sólida y verdadera. Aun me atrevo á decir que no hay cosa ninguna en que el espíritu deba conducirse con mas circunspeccion que en el uso de los libros, que sin esta precaucion le sirven mas bien de un decente pasatiempo que de ocupacion útil, y aumentan poquísimos nuestros conocimientos.

No es cosa rara el hallar á hombres que se dan con una asidua é infatigable aplicacion á la lectura, que con ella se olvidan de comer y dormir, y que sin embargo no se vuelven mas hábiles, aunque no puedan atribuirse los pocos progresos que ellos hacen á ningun defecto de sus facultades

intelectuales. El mal es, que se supone aquí que la ciencia de un autor se infunde en el espíritu del que lee sus obras; y esto es verdad, pero la simple lectura no produce este efecto. Es menester también entender lo que se lee: no solamente lo que se afirma ó niega en cada proposición (aunque hay muchos lectores que ni aun van tan adelante); sino además ver el orden y serie de los raciocinios, tener cuidado en la fuerza y claridad de su enlace, y examinar bien los fundamentos, en que aquellos se apoyan. A no observar todo esto, podemos leer las obras de un autor muy razonable, cuya lengua y proposiciones entendemos bien, y no sacar fruto ninguno de su ciencia; supuesto que esta no consiste más que en el enlace cierto ó probable de las ideas que él emplea; y que si no echamos de ver esta conexión, no podemos juzgar de la certeza ó probabilidad de lo que él sienta.

Cuanto se admite sin esta percepción, se admite sobre la fe del autor, y no tenemos

la menor certeza de ello nosotros mismos. Así no me extraño de que haya hombres que abundan en citas, y que no hablen más que con autoridades; son los únicos cimientos sobre que fundan sus sistemas. Puede decirse que no tienen más que una ciencia implícita y de segunda mano; y que atinan, si el autor, de quien han tomado sus opiniones, no se extravió; lo que no se llama saber las cosas. Los escritores de nuestros tiempos, ó los de los anteriores siglos, pueden ser buenos testigos de los hechos que ellos nos refieren, y podemos recibirlos sobre su palabra; pero su autoridad no se extiende más adelante; no puede influir ella sobre la verdad ó falsedad de las opiniones, que deben examinarse con otra muy diferente regla, que estos autores mismos tuvieron precisión de seguir, si quisieron llegar á un conocimiento sólido, y que debemos practicar sucesivamente, si queremos conseguir el mismo fin. Es verdad que ellos buscaron las pruebas para nosotros, y que las pusieron con tanto orden, que podemos

ver prontamente la verdad ó probabilidad de sus ideas. Nos ahorraron esta fatiga, y quizás la hubiéramos sufrido nosotros mismos en balde, y no hubiéramos tenido tanto acierto como ellos sobre este particular. Sea lo que quiera de ello, somos sumamente deudores á los juiciosos escritores de todas las edades de habernos dado parte de sus descubrimientos. Se trata solamente de hacer un buen uso de ellos, el cual consiste, no en hojear de priesa sus libros, y cargar nuestra memoria con sus opiniones, ó con lo que ellos dijéron de mas notable; sino en seguir sus racionios, examinar sus pruebas, y juzgar despues de la verdad ó falsedad, de la probabilidad ó imposibilidad de lo que los mismos sientan. El conocer, es ver; es la mas insigne de todas las locuras el imaginarse que podemos ver con los ojos de otro, aunque este nos asegure con un tono firme que no hay cosa ninguna mas visible que lo que él nos dice. Hasta que lo vemos nosotros mismos con nuestros propios ojos, y que nuestro en-

tendimiento lo descubre, caminamos siempre en las tinieblas, y no estamos mejor instruidos, por mas favorable concepto que hayamos formado de la habilidad de un autor.

Euclides y Arquimedes tienen con razon la fama de hábiles, y de haber demostrado perfectamente sus teoremas; no obstante esto, si alguno leyera sus escritos, sin echar de ver la conexion de sus pruebas y la exactitud de sus demostraciones, por mas que entendiera la significacion de sus términos, no por ello estaria mas adelantado en las matemáticas; podria creer en la verdad de lo que ellos dijéron, pero no tendria idea ninguna de ello.

§. XXV.

Del Conocimiento.

El ardor é inclinacion que dirigen el espíritu hácia el conocimiento, forman á menudo un obstáculo, si no cuidamos de arre-

glarlos. Se apresura él siempre á hacer nuevos descubrimientos; busca la variedad de los objetos, y no se detiene bastante largo tiempo en examinar lo que tiene á la vista, para ir volando tras lo que no ve. El que corre la posta al traves de un pais, puede bien decir en general de que modo está situado, y hacer una ligera descripcion de una montaña, de una llanura, de una laguna, de un rio, de algun monte, y de algunos prados que se hallan acá y allá; pero, en cuanto á lo que concierne á lo esencial, la naturaleza del terreno, las diferentes especies de animales, la virtud de las plantas, y las costumbres de los moradores, le es imposible hacer observacion ninguna sobre esto. La naturaleza oculta comunmente sus tesoros y joyas en las entrañas de las rocas. Si la materia es espinosa, y que el nudo de la dificultad sea profundo, es menester que el espíritu haga uso de toda su industria para descubrirle, y que no se desanime hasta que lo haya conseguido. Por otra parte, debemos cuidar aquí de no caer en

el opuesto extremo; quiero decir, no detenerse en cuantas inútiles particularidades se presenten, ni imaginarse que la menor cuestion trivial encierra algunos arcanos científicos. Quanto hombre se entretuviera en juntar todas las piedrezuelas que hallara en su camino, no estaria mas rico ni mas cargado de diamantes, que el que corriera la posta al traves de un pais. Las verdades no valen mas ni menos, hallémoslas penosa ó cómodamente; y debemos juzgar de su valor por el influjo y utilidad que ellas pueden tener. No deberíamos emplear, ni siquiera un solo instante de tiempo, en hacer observaciones inútiles; pero no es menester omitir las que pueden servir para extender nuestras miras, ó llevar mas adelante nuestros descubrimientos sobre materias de alguna importancia, aunque ellas interrumpen nuestra carrera, y exijan una larga y penosa atencion.

Hay otra precipitacion que puede extraviar con frecuencia el espíritu, si este permanece abandonado á sí mismo y á su pro-

pia conducta. Lleno de ardor para la variedad de los objetos, y para la extension de los conocimientos, pasa desde luego á conclusiones generales, sin llegar á las competentes individualidades sobre que debería fundar sus axiomas. Uno se imagina ser más hábil con ello; pero en vez de alimentarse con realidades, se llena de quimeras. Las especulaciones fundadas sobre tan endebles cimientos no pueden ser firmes; y si no caen de sí mismas, es cierto que no pueden sostener el choque de una vigorosa oposicion. Así es como muy prontos para formarse ideas generales y una mal concebida teoría, hay hombres que no se hallan tan adelantados como ellos se lo persuadian, cuando llegan á examinar de cerca las máximas que han abrazado, ó que las impugnan otros. Conviene confesar que las observaciones generales, fundadas sobre puntuales individualidades, son un verdadero tesoro, que encierra mucho en un reducido espacio; pero debemos poner tanto más cuidado en sacarlas justas, cuánto más riesgos corremos

de tomar oropel por oro puro, y de exponernos á una vergonzosa pérdida en vez de hacer algun lucro. Una ó dos particularidades pueden dar ocasion á nuestras investigaciones, y obramos bien en valernos de ella para semejante uso; pero si las convertimos inmediatamente en reglas generales, no dejamos nunca de engañarnos á nosotros mismos, y de tomar la sombra por la realidad. Lo llevamos ya dicho, los hechos no son á lo sumo más que los materiales de las ciencias, y si uno se contenta con cargarse de ellos la memoria, no es más que un estorbo en balde; así como el que lo erige todo en principios, se abrumba con el mismo peso, y se expone á recibir además de ello muchos errores. Es necesario evitar cuidadosamente dos extremos; y el que puede tener un justo medio, está mejor habilitado para dar buena cuenta de sus estudios.

§. XXVI.

De los Juicios anticipados.

No sé si es porque nos aferramos en lo que hemos concebido una vez, ó porque estamos enamorados de nuestros primeros conocimientos, y que carecemos de vigor é industria para llevar adelante nuestras investigaciones, ó porque nos contentamos con el primer conocimiento verdadero ó falso; pero es cierto que los mas de los hombres se abandonan á los primeros juicios de su espíritu, y que profesan el mismo cariño á sus primeras ideas que á un hijo primogénito. Es una falta en la conducta del entendimiento, supuesto que esta firmeza, ó aferramiento por mejor decir, no proviene de un apego sincero á lo que es verdadero, sino de una ciega sumision á la preocupacion. Puede decirse que es tributar un injusto homenaje, no á la verdad, que no indagamos como se deberia, sino á la opinion con que

nos hallamos imbuidos por casualidad, cualquiera que ella pueda ser. Es un visible abuso de nuestras facultades; es entregar, por decirlo así, nuestro espíritu al primero que se presente. No es el medio de llegar á un conocimiento real, á no ser que el encaprichamiento mude la naturaleza de las cosas. Por mas que podamos imaginarnos, los seres continuarán siguiendo siempre el mismo curso, y tendrán sempiternamente las mismas relaciones los unos con los otros.

§. XXVII.

De la Ciega resignacion.

Por el contrario, hay hombres que resignan su juicio al último que habla, ó al último libro que leen. No se arraiga la verdad jamas en su espíritu, ni hace en él la menor impresion. Semejantes al camaleon, toman el color de cuanto los rodea, y mudan de él, luego que un nuevo objeto se les acerca. Sin embargo, el orden con que

están propuestas ó recibidas las opiniones, no es una señal de su certeza, no debe mostrarnos á darles la preferencia. Algo mas temprano ó tarde, en semejante caso, es un mero efecto del acaso, y no la regla de lo verdadero ó falso. No hay ninguno que no convenga en ello; y por consiguiente, cuando se trata de indagar la verdad, debería preservarse cada uno contra los accidentes de esta naturaleza. Podríamos tan bien echar pajas, ó sortear, para determinar lo que debemos creer, como abrazar un dogma á causa de su novedad, ó retenerle porque le recibimos desde muy atras, y que no fuimos nunca de otra opinion. Sea lo que quiera de ello, las buenas razones enteramente solas deben fijar el juicio; el espíritu debe estar pronto siempre á escucharlas; y con arreglo al voto de ellas debe desechar ó abrigar indistintamente todas las especies de dogmas, sea que él los conociera ya, sea que los ignorara totalmente.

§. XXVIII.

Del Ejercicio ó Hábito.

Aunque las facultades intelectuales adquieren extension con el ejercicio, no debemos llevarlas mas allá de sus justos límites. Es preciso que cada uno pruebe hasta donde pueden llegar sus fuerzas (1), y que tome sus medidas en ello; si á lo menos quiere mantener el vigor de su espíritu, y no entibiarle con ocupaciones sumamente dificultosas. Empeñado el espíritu en una tarea superior á sus alcances, del mismo modo que el cuerpo extenuado por haber levantado una pesadísima carga, pierde á menudo su fuerza, y se inhabilita así para ejecutar cualquiera vigorosa accion en lo futuro. Un nervio lastimado no se restablece mas que con trabajo, ó le queda á lo menos una suma debilidad por mucho tiempo;

(1) Quid valeant humerí, quid ferre recusent.